



Tercer Domingo del Tiempo Pascual

Subsidio Litúrgico

NOTAS EXEGÉTICAS

Hch 3, 13-15.17-19

El texto presenta una síntesis de la predicación hecha por la primera comunidad cristiana de Jerusalén. Este segundo anuncio (*kerygma*) apostólico en Hechos da explicación a la curación de un parálitico hecha por Pedro y Juan. El discurso de Pedro va dirigido a judíos piadosos que adoran en el Templo pero que, al mismo tiempo, han aprobado la decisión de matar a Jesús, el santo y justo. Al centro de este *kerygma* aparece la sorpresiva acción de Dios al resucitar a Jesús de entre los muertos. Pedro y Juan (y con ellos toda la comunidad) se presentan como testigos de esta intervención divina. El anuncio expone un irónico contraste: el pueblo de la promesa ha matado la promesa misma, el jefe que conduce a la Vida (v. 15), pero Dios, en cambio, fiel a la elección hecha desde los patriarcas, le ha devuelto a la vida. La resurrección de Jesús es la respuesta misericordiosa de Dios frente al crimen cometido por su pueblo. En consecuencia, Pedro exhorta a la conversión con dos acciones complementarias: un cambio de mentalidad (*metanoēō*), y un giro físico hacia otro destino (*Épistrepḥō*). Estas dos actitudes alcanzarán para los oyentes el fruto de la resurrección: el perdón de los pecados.

Salmo 4

El salmo 4 expresa en el orante el cambio de una situación estrecha y oscura a una sosegada y serena. Es ésta la experiencia de la comunidad creyente ante la resurrección de Jesús. La pregunta del v. 7 -puesta como petición de toda la asamblea- formula el anhelo de volver a experimentar la presencia de Dios (la luz del rostro) en el momento de la tristeza. ¿Quién podría restaurar la dicha cuando ésta ha desaparecido? Solamente la intervención del Señor transforma la existencia y restaura la tranquilidad integral (hb. *shalom*) para volver a vivir una vida confiada. Con este salmo la Iglesia hace suyo el deseo de que en los creyentes brille de nuevo la luz del misterio pascual.



1 Juan 2,1-5

Esta carta, dirigida a comunidades del círculo joánico posiblemente en Asia Menor, establece una relación de filiación espiritual (hijos míos...) entre el autor y sus destinatarios. Como consejo paterno se exhorta a los cristianos a no vivir más en el pecado. Pero ante la siempre presente realidad del mal el autor invita a dirigir la mirada hacia Jesús, quien por virtud de su glorificación está delante del Padre en el papel de intercesor (*paraklētōs*). Jesucristo, el justo que ha asumido la injusticia sobre su carne (como víctima), ofrece ahora su intercesión por todos los pecadores. Esta acción obtiene el perdón de Dios, tanto para los creyentes como para el mundo entero. Para el creyente este perdón, expresión del amor de Dios, abre otro estilo de vida, donde se realiza aquello que Dios desea, no por cumplimiento externo sino como consecuencia de ese mismo amor.

Lc 24, 35-48

Mientras los discípulos de Emaús dan su testimonio, el mismo Jesús resucitado se manifiesta a toda la comunidad creyente en Jerusalén. El relato contiene dos partes: la primera, una experiencia física del Resucitado, la segunda, las últimas instrucciones de Jesús a la comunidad apostólica. Es Jesús resucitado quien se manifiesta a los discípulos, no ellos que lo buscan, porque su vida nueva es iniciativa exclusiva de Dios. El Resucitado es mucho más que un simple espíritu (*pneuma*), sino que su nueva vida involucra todo su ser. Hacer experiencia de la resurrección va, entonces, más allá de la esfera mística o gnóstica (frecuente en el ambiente griego de la Iglesia primitiva y también en la actualidad), sino que involucra toda la persona. El texto enfatiza que Jesús resucitado se manifiesta dentro de una comunidad creyente, donde se le puede palpar y ver. Tocar el cuerpo del Resucitado, comer con él, escuchar las Escrituras, son realidades físicas vividas por una comunidad para hacer al discípulo un testigo auténtico de esta vida nueva. Es posible que el texto aluda a la experiencia que vive la primera comunidad cuando se reúne para celebrar la Cena del Señor. El encuentro con Jesús resucitado a través de signos físicos (lugar privilegiado tiene en el texto la escucha de las Escrituras en la asamblea) conduce al creyente al cambio de vida y a beneficiarse del perdón divino. Esta experiencia impulsa la comunidad hacia la misión: partir desde Jerusalén hacia todos los pueblos, es decir, hacia cualquier persona que desconoce los dones que el Resucitado ha traído al mundo.



PISTAS HOMILÉTICAS

Necesidad de anunciar el kerygma apostólico: toda predicación en la comunidad de fe debe tener como centro hacer resonar el misterio pascual de Jesús, “muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación” (Rm 4,25). Es el mismo Resucitado quien empuja a sus discípulos a llevar esta buena noticia de su muerte y resurrección por amor a toda persona.

La resurrección de Jesús ofrece a todos el perdón: en una sociedad profundamente dividida por discordias muchas veces irreconciliables, Dios, en la persona de Jesús, ofrece a todos misericordia. Con la resurrección, el Padre cancela el crimen de la muerte de su Hijo y ofrece a todo aquel que quiera aceptarlo su perdón. La Iglesia, por tanto, es comunidad que recibe el perdón de Dios y consecuentemente lo testimonia en la sociedad. Lejos de cualquier perfeccionismo moral los creyentes están llamados a acoger el perdón divino y a ofrecerlo a aquellos que aún no lo han conocido.

El Resucitado se manifiesta en la asamblea creyente: como la comunidad de Jerusalén estamos invitados a reunirnos en una asamblea que escucha, celebra y experimenta los signos del Señor resucitado. Un ambiente fuertemente individualista podría llevarnos al aislamiento, en una búsqueda solitaria de experiencias de fe. Es en medio de una comunidad creyente, por el contrario, donde el Resucitado se manifiesta. De ahí que la asamblea litúrgica sea espacio privilegiado de experiencia de resurrección para aquel que desea crecer en la fe.

El testimonio ofrecido a todos: la obra de amor realizada en Cristo resucitado está destinada a todas las personas, independientemente de su condición social, religiosa y moral. La comunidad creyente es la primera llamada a experimentar ese amor divino, en función de ser testigo para el mundo. Cada católico está invitado, más allá de reflexiones teológicas, a proclamar con sus palabras y obras la vida nueva en Cristo, de la que es testigo, según su propia experiencia de fe. En una sociedad atenazada por el miedo al futuro, el sencillo testimonio de cada creyente es capaz de traer consuelo y paz a las incertidumbres que amenazan este tiempo inestable.

La acción de Dios en el Resucitado llama a la conversión: la resurrección de Jesús proclama con fuerza el poder de Dios Padre frente al mal que el hombre ejerce y padece en la historia. Aceptar el perdón ofrecido en Cristo resucitado implica reconocer el error de muchas de nuestras respuestas ante el mal. De ahí que el *kerygma* llame siempre a la conversión: reconocer el pecado personal y social de responder a un mal con otro mal, para pasar al don de la resurrección, la vida nueva que responde al mal con el bien. Esto solamente se podrá vivir haciendo experiencia de la nueva fuerza vital del Resucitado al interior de la Iglesia. En nuestra ciudad-región, donde la violencia crece en múltiples formas, el anuncio de la conversión se presenta como posibilidad de transformación para tantas personas heridas y semilla de reconstrucción del deteriorado tejido social.



SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición de entrada

Nos reúne de nuevo la celebración del Señor Resucitado. Avanzando por este tiempo pascual llegamos ya al tercer domingo, que transmite otra manifestación del Señor a los discípulos. Él, con sus apariciones, quiere abrirles su inteligencia y constituirlos testigos de su resurrección. Que nuestra disposición al celebrar esta Eucaristía sea la de instruirnos con su Palabra y fortalecernos con su Pan para ser también nosotros sus testigos.

Monición a la Palabra

La comunidad apostólica primitiva tiene como centro al Señor Jesús que los impulsa a predicar la sorprendente acción de Dios que lo resucita después de su muerte de cruz. La comunidad de creyentes recibe la exhortación a abrirse al nuevo estilo de vida que nos trae Jesús, el redentor e intercesor ante el Padre. Creer en la resurrección es un don del Espíritu que, con su paz, disipa nuestros miedos y fragilidades para convertirnos en testigos del Resucitado. Escuchemos.

Oración de fieles

Presidente: El Señor resucitado se manifiesta en la Eucaristía como nuestro redentor e intercesor; por ello, confiados en su bondad y su amor, presentemos al Padre nuestras plegarias.

R/. Dios de la Vida, escúchanos.

1. Por la Iglesia, comunidad de fe, para que sus ministros hagan resonar con su predicación el misterio del Señor resucitado y con su testimonio atraigan a su seno a todos los hombres, en particular, a los que dudan o son indiferentes. Oremos.
2. Por quienes nos gobiernan, para que se abran a la acción del Espíritu de Jesús que llena el mundo y consigan con su ayuda el desarrollo de los pueblos, la paz, la justicia y la igualdad. Oremos.
3. Por las comunidades parroquiales que celebran al Señor Resucitado, para que libres de temor y llenas de la alegría cristiana, contribuyan al crecimiento de la Iglesia siendo testigos del gozo y la esperanza. Oremos.
4. Por los que sufren persecución a causa de su fe y por cuantos padecen las duras consecuencias de la pandemia actual, para que se abran a la fuerza y al poder del Resucitado que reanima y fortalece. Oremos.
5. Por nosotros y nuestros familiares, para que nos unamos al creciente número de cristianos que viven la vida del resucitado, con un apostolado eficaz y una caridad efectiva. Oremos.

Presidente: Padre Eterno, que resucitaste a tu Hijo único de la muerte y le constituiste intercesor nuestro, escucha la plegaria que presentamos confiados y concédenos lo que te pedimos en su nombre. Él, que vive y reina contigo por los siglos de los siglos.

R/. Amén.